

EL PAÑUELO

La vio por primera vez una tarde al pasar por la calle de Jaime el Conquistador, tan correteada como todas las del gran distrito. Estaba junto al portal de la última casa de la fila. Hablaba y reía con un grupo de amigos. Al cruzar en carrera sorprendió sus ojos y tuvo que detenerse. Quedó allí, quieto, atrapado por un hilo invisible, mientras sus amigos se alejaban hacia los grandes y viejos troncos semi hundidos en una de las aceras terrosas de la plaza del Reloj. Le había desaparecido de pronto toda iniciativa que no fuera mirarla. El grupo desconocido enmudeció ante su indiscreta presencia y le contemplaron, ellas con curiosidad y ellos con lo torvo incubándose en sus miradas. No había tratado de no agresión entre la chiquillería de los distintos barrios por lo que cualquier ocasión era propicia al enfrentamiento.

-Tú, cacho mierda, qué miras –dijo uno.

Comprendió el peligro del momento. No era de los que se echaban atrás, pero estaba solo. Se desasíó de los ojos de ella y siguió hacia abajo.

A partir de ese momento la paz se le ausentó. Nunca en sus doce años había visto una chica igual. Y hasta ese instante no supo lo que era tener martirio en el corazón.

A la tarde siguiente volvió al lugar, esta vez acompañado de su fiel amigo Miguelín. De pasada, despacio, agolpando sus ojos en los sorprendidos de ella.

La casa era una más del barrio, pero con una característica que la afeaba: tenía una pared lateral medianera, abierta a un camino de tierra por el que pasaba la gente. Las partes de ladrillos sin enfoscar semejaban un muñón y sugerían algo inacabado. Esa fachada reclamaba el acoplamiento con otras casas, pero estaban en 1947, en plena posguerra, y apenas se construía en Madrid. La situación permitía, sin embargo, un gran beneficio a las ventanas de los patios interiores al abrirse libre de obstáculos al solar inmenso que se extendía por el campo virgen, las huertas, la explanada del campo de fútbol y trepaba hasta el lejano basurero situado al final de la calle Cáceres. La llamaban la “casa fea” y él pasaba con frecuencia por ese camino en sus correrías sin prestarle especial atención, ni a ella y ni a sus gentes. Ahora, de repente, al mirar su fachada principal, le pareció que tenía mejor calidad que la suya, donde él vivía. Quizá le influyó lo que expresaba ese grupo de chicos con sus ropajes, sin duda uniformes de sus colegios, algo en lo que nunca se fijó. Ellos vestían pantalones cortos azules sin remiendos, con medias hasta las rodillas y zapatos. Ellas, calcetines blancos emergiendo de zapatos con flecos en el empeine, y falda de tablones del mismo color azul. Todos con jerséis grises de cuellos en uve protegiendo camisas blancas y corbatas azules. Él sintió la diferencia con sus alpargatas, sus piernas desnudas llenas de mataduras y cardenales, el pantalón con culeras y el jersey desvaído. Pero no le importó. Todavía, aunque presentía la distancia entre clases, no le apabullaba en su actuar diario. Y nada podía disuadir tan grande impulso. Se acercó.

-Hola –dijo, mirándola.

Ella no contestó. Miró a los chicos, como buscando el modo de reaccionar. Ellos se interpusieron y mostraron un frente hostil.

-Fuera, largo.

Él mantuvo el sitio. Eran cinco, quizá de su edad aunque parecían mayores. No quitó los ojos de ella, esperando no sabía qué. Miguelín le cogió de un brazo. Decidió optar por la advertencia y marchó.

Al día siguiente hizo novillos y se apostó frente a la casa. Ella salió del portal con otra amiga y dos chicos, todos con carteras de cuero en vez de las carpetas de cartón que él y los de su colegio usaban. La siguió. Vio que por el camino se unían a otros grupos. Entraron en un colegio del paseo de las Delicias, lo que significaba que era para alumnos mezclados, al contrario que en su colegio, donde sólo iban chicos. Preguntó el horario. Por la tarde, a la salida, la siguió, sin abordarla. Y al día siguiente. Y al otro. Unas veces solo y otras con Miguelín. Y fue consciente de que ella sabía de su seguimiento.

El mes de abril había llegado, eliminando las nieves del duro invierno. Llovía con frecuencia y el verdor avanzaba por todos los sitios, como invitando a expresar anhelos. Una tarde se decidió y volvió a acercársele.

-Hola.

Ella se refugió en un programa de risas y cuchicheos con sus amigas, y apretó el paso. Llegaron a la casa, frente a cuyo portal esperaban tres chicos, los ceños torvos presagiando acciones inamistosas.

-Esto no me gusta, Manolín –dijo su amigo-. Esa chica no te ajunta. Déjalo.

-¿Cómo lo sabes? Nunca hemos hablado. Tengo que hacerlo.

-Allá tú. Yo me largo.

Miguelín corrió hacia abajo, dejándole solo. Se aproximó al grupo.

-Hola.

Los chicos se abalanzaron sobre él y comenzaron a golpearle con saña. Aunque se defendió bravamente, no pudo superar el número ni la barrera de intenciones aviesas. Cayó al barrizal y allí siguieron pateándole.

-¡Basta! ¡Dejadlo ya! –gritó la chica.

Se incorporó aturdido y se limpió la sangre con las mangas del jersey, trazando huellas de barro en su rostro sangriento. Renqueante, inició su retirada.

-¡No vuelvas por aquí, cabrón! –gritó uno.

-¡Ya sabes lo que te espera! –añadió otro.

-¡Espera! –dijo ella.

Se le acercó y, ante la estupefacción general, le ofreció un pañuelo. Era un pañuelo grande y nuevo, tan blanco como las ropas que su madre recogía de las cuerdas tendidas al sol tras la lavada. Se secó, observando que en una esquina tenía bordadas las iniciales M.P. Al devolvérselo, ella le dijo que se lo quedara, que tenía muchos. No insistió porque supuso que sentiría asco por los coágulos de sangre, mocos y barro. Ella Le brindó una sonrisa, se dio la vuelta y entró en el portal obviando al grupo.

Dos días después volvió a esperarla a la salida del colegio. Ella le vio pero siguió caminando con sus amigas hasta la casa. Allí estaba el grupo violento, que le miró con gran sorpresa. El golfo no había escarmentado. Se movieron hacia él pero la chica les gritó.

-¡Quietos! ¡No le hagáis nada!

Luego se le acercó. Miró las huellas de la paliza en su rostro pero no hizo mención de ellas. Le preguntó que por qué la seguía y qué quería de ella. Él confesó que sentía la necesidad de hacerlo porque pensaba en ella continuamente y deseaba que fueran amigos. Le tendió el pañuelo, tan limpio y flamante como si fuera de estreno gracias al trabajo de su madre. Ella le dijo que se lo regalaba como recuerdo.

-No me dan miedo tus amigos ni me importa que me peguen. Mi temor es que me digas que no quieres verme.

Ella le miró fijamente y él sintió que se diluía en sus enormes ojos.

-No sé lo que quiero contigo –dudó-. Pero no volverán a pegarte. Hacen lo que yo les diga.

Puso una sonrisa en su gesto y se marchó sin decir nada.

Días después volvió a esperarla. Nada más salir, ella miró, como buscándole. Se separó del grupo y se le acercó.

-Llevas varios días sin venir.

Él sintió un enorme gozo interno. ¡Le había echado de menos! Sacó una caja de cerillas, de la que extrajo una mariquita. La chica abrió mucho los ojos, extasiada.

-¿Quieres cogerla? –dijo él.

-No sé. Nunca cogí ninguna. ¿Pican?

-No, qué va. Abre la mano.

Ella la extendió, algo temerosa, y él puso el escarabajo en su palma. El insecto correteó y ella tuvo que mover la mano para que siempre estuviera arriba. Hizo señas a sus amigas para que se acercaran y vieran el espectáculo.

-¿Quieres verla volar? –dijo él.

-Sí. ¿Cómo se hace?

-Mariquita, quita, quita, alza el vuelo y vete a misa.

El bichito abrió las alas y salió disparado, dejando a las chicas con las bocas redondas.

Al día siguiente volvió con otra mariquita. Y al otro con un molinillo guardado en una cajita más grande. En los días siguientes ya caminaban juntos hasta su casa, ellos dos apartados del grupo. Ella le hacía muchas preguntas, que le aturdían. No tanto por lo que suponía de intromisión en su intimidad sino por el hecho de estar hablando con esa chica que tanto le estremecía. Se llamaba Maruja, era hija de un militar y pronto cumpliría los trece. En casa, después, él se esforzaba en hacer versos secretos con ese nombre.

Como todos los chicos, porque así se lo decían los mayores, sabía que era necesario llevarles regalos a las chicas para recibir

sus complacencias. Así, en días siguientes le llevó cromos de artistas de cine, que ella coleccionaba. Le dio los de Johnny Weismuller, Ingrid Bergman, Lana Turner, Greta Garbo, Alan Ladd, Errol Flynn, Jorge Negrete, Douglas Fairbanks, Clark Gable, Robert Taylor, Joan Fontaine, Hedy Lamarr. Maureen O'Hara y otros que le faltaban. También le llevaba cromos para sus álbumes de Blancanieves y de animales salvajes. Cuando podía, le obsequiaba con pipas, un cucurucho de papel que costaba cinco céntimos. Y regaliz, algarroba y palolú, cosas que ella nunca había comido porque sus padres le habían dicho que eran alimentos de animales.

Los chicos no volvieron a agredirle. Pero un día varios de ellos le llamaron, la suficiencia bailando en sus rostros. En el grupo habitual destacaban otros tres chicos, algo mayores, con pantalones bombachos y emanando bienestar. Él miró a la chica.

-Uno es mi hermano. Tiene dos años más que yo pero siempre está a mi lado. Quiere saber cómo eres.

-Eh, tú –dijo uno, despectivamente-. Vamos a preguntarte unas cosas. Primero escríbenos tu nombre y lo que te digamos.

Le dieron papel y lápiz. Él escribió lo que le decían, con letra clara y sin faltas. Ellos se miraron. Así que el desarrapado no era un analfabeto. Luego le preguntaron que cuál era la raíz cuadrada de 7000, cómo se hallaba el área de la pirámide regular, cuáles eran los veinte primeros números primos, cuántas eran las letras del alfabeto griego y sus nombres, cuáles eran las preposiciones y cómo se llamaban los reyes godos. Contestó bien a lo de las preposiciones y a la raíz. Con lo del prisma se hizo un lío y sólo pudo mencionar los diez primeros primos, siete de las veinticuatro letras griegas y seis de los treinta y tres godos. Ellos mostraron signos de burla. Uno dijo que era un burro además de golfo.

Él no encontraba utilidad en conocer el alfabeto de los griegos y la lista de los godos. ¿Qué aportaban a la imaginación y a la creatividad? Consciente de que era una prueba vejatoria para desmerecerle ante Maruja, él contraatacó con lo que más sabía y gustaba: la Geografía y la Historia. Les preguntó que dónde nacían exactamente el río Guadalquivir y el Nilo azul, cuál era el río más largo de Europa y quién fue el primer europeo que recorrió el Amazonas hasta su desembocadura. También que cuáles eran las siete Maravillas del Mundo de la antigüedad y dónde estaban Alejandría, Angkor, Cochinchina, El Dorado, Esmirna, Opar, Palmira, Samarcanda, Smara y Tombuctú, diez lugares impregnados de leyenda y fascinación. Los soltó de golpe, tal y como los había aprendido. Ellos se miraron confusos, tratando de mantener sus aires superiores. De las Maravillas sólo conocían las Pirámides de Egipto y el Coloso de Rodas, sin saber exactamente dónde estaba Rodas. Ninguna más. Y de los lugares de leyenda, sólo habían oído de Alejandría, Cochinchina y El Dorado, pero no dieron ninguna respuesta acertada en cuanto a su ubicación. Ni siquiera sabían que existieran las otras ciudades citadas e ignoraban que hasta Jartum había dos Nilo y que esa ciudad era la capital del Sudan. Lanzado, él les preguntó dónde estaba el Gran Cañón del Colorado. Respondieron erróneamente que en Colorado. Luego les pidió que le dijeran cómo se llamaban las hormigas con alas. Fue el colmo. No tenían idea de que tuvieran nombre específico. Ahí acabó la prueba cultural pero no sus deseos de destacarse ante su dama. Les retó, incluyendo a los mayores, a una carrera de ida y vuelta hasta la plaza del reloj, situada a unos trescientos metros. Cuando regresó triunfante, zancadas por delante de todos, se enganchó en los ojos brillantes de Maruja. La mirada de ella era tan admirativa, que sintió la esperanza del sueño realizable.

En las mañanas de los sábados y festivos, y en los domingos después de misa, ella buscaba decididamente su compañía. Cuando no llovía, él la llevaba al campo, sorprendido de que nunca hubiera jugado allí. La hierba estaba henchida de verdor y les llegaba casi a la cintura. Pisaban terrenos vírgenes entre zumbidos de moscardones, avispas, abejas y abejorros. En días sucesivos le enseñó a cazar saltamontes y mariposas. Al principio fue temerosa, como ocurrió con la mariquita. Pero luego perdió el reparo y se mostró con gran entusiasmo en las enseñanzas. Con su ayuda cazó lagartijas y grillos y aprendió a hacer hoyos en la tierra para descubrir ciempiés, lombrices y otros insectos ocultos a la luz. Y gustó de comer los granos tiernos que contenían algunas espigas, y los panecillos, unos frutos redondos verdes del tamaño de las majuelas que crecían en algunas plantas. Caminaban entre mantos de amapolas, margaritas y pensamientos. La primera vez que pasaron por los breves rosales, ella intentó cortar una rosa para llevársela, como hizo con otras flores. Él le pidió que no lo hiciera. Destruiría su belleza, sólo por verla marchitarse en un vaso de agua. Ella sintió el peso de una responsabilidad desconocida y volvió a asombrarse de que ese chico tan extraño a su mundo tuviera tanta sensibilidad, sentimiento impensable en los chicos de su grupo. En ese discurrir, a ella empezaron a llenársele las rodillas de arañosos por los pinchazos de cardos y ortigas, lo que les provocaba la risa. Y luego en las despedidas, ella le miraba inundada de admiración por su conocimiento de la vida silvestre y de los mundos lejanos. Nunca había visto a un chico igual. Él quedaba entristecido temiendo no volver a verla porque sentía que sin ella nada sería igual.

Llegaron el fin de curso y las vacaciones. Las lluvias se habían ido y ahora el sol imponía su manto poderoso. Tenían mucho más tiempo, ya a diario. Siguieron los paseos. Esta vez le mostró cómo entrar subrepticamente en las huertas que había en la parte alta del paseo de la Chopera. Le enseñó a robar panochas y

girasoles, evitando destruir los frutos tiernos. Y la llevó hasta el río, al final del paseo del Canal, en la zona llamada El embarcadero porque en su día el Manzanares formaba allí un embalse y se hacían paseos en barca como en El Retiro. Ya no estaba el embalse y el río corría libre ocultando las pozas en las que él había aprendido a nadar. Se asomaron al puentecito de madera que cruzaba al otro lado del cauce, único paso peatonal entre los puentes de la Princesa y de Toledo para acceder a los barrios donde se ponía el sol. El Manzanares bajaba escaso pero limpio, a veces con cosas flotando que chocaban entre las grandes piedras. Vieron a chicos bañándose en calzoncillos y a algunas chicas en enaguas y bragas. En la ancha ribera urbanizada situada en el margen izquierdo del río, y mientras vigilaban a sus hijos, había familias sentadas en mantas dando buena cuenta de comidas preparadas en casa. Se apreciaban las tortillas, pimientos fritos y ensaladas. Los mayores bebían vino en porrón y los chicos limonada. Para Maruja todo era nuevo, desconocido, excitante. No imaginaba cómo se vivía más allá de su acostumbrado barrio periférico, lo que había en el arrabal del otro lado del Matadero. Sus padres no le permitían ir a esa parte; sólo a la más civilizada, que se orientaba al paseo de las Delicias. Él le sugirió que bajaran para mojarse los pies en la corriente. Ella rehusó, temerosa de indefiniciones. Pasearon junto al pretil de granito pulido exterior y se sentaron para contemplar en silencio ese derroche de vitalidad. Entonces él sacó el pañuelo y le pidió que se lo besara, lo que ella hizo con delectación y repetidamente. Luego le miró con fulgor avivado. Y, de pronto, le cogió una mano. Era la primera vez que se tocaban y para él, además de inesperado, fue estremecedor y grato a la vez; tanto, que deseó tener el poder del dios Cronos para congelar el tiempo.

Unos días después ella le dijo que se iría de vacaciones, como todos los años. Sus padres eran de Santander y allí tenían una casa. Él dijo que en un lugar de esa provincia llamado Fontibre,

cerca de Reinoso, nacía el Ebro. Lo dijo sin darse cuenta, pendiente de no manifestar su profunda pena. Él no iría a ningún sitio. Aunque sus padres eran madrileños, podían haber tenido parientes en algún pueblo para pasar también los veranos, como todo el mundo. Pero no los tenían. Por eso él nunca había salido de Madrid.

Partirían el primero de julio y regresarían a mediados de setiembre. Él no imaginaba que hubiera padres con vacaciones tan largas. A partir de ese momento los días pasaron muy rápidos para los dos. Aunque reían y gozaban desafiando al mundo, no les era posible olvidarse de la inevitable separación. Él amplió el horizonte de sus correrías llevándola a la estación de Peñuelas, donde jugaron a esconderse en los vagones situados en apeaderos. Se sentaban en cualquier sitio y él le hablaba de Francisco Vázquez de Coronado, de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y de Pedro Sarmiento de Gamboa, describiendo sus hazañas por el Nuevo Mundo, historias que su tío Julián le fue enseñando desde niño en lecturas vespertinas, al igual que le enseñó los lugares legendarios. Ella quedaba extasiada con esos relatos, mirándole con arrobos. Nunca había oído hablar de esos descubridores y ahora ese chico alto y humilde demostraba que el conocimiento no estaba sólo en las clases aventajadas. Cuando caminaban, ella le atrapaba la mano y sólo se la soltaba al aproximarse a la casa de ella en las despedidas.

En la víspera de la partida, él le llevó dos novelas: “El capitán Tormenta” y “El león de Damasco”, ambas de Emilio Salgari, para que las leyera y le recordara. Ella le dijo que ni un minuto dejaría de pensar en él. Al despedirse, le abrazó con intensidad y le llenó de apretados besos lubricados de lágrimas, aunque se abstuvo de buscar sus labios, quizá pensando que era un gran pecado, como en cada misa anatemizaba el párroco, o por temor a caer en el vértigo que susurraban las chicas mayores. Al día siguiente él se situó en la acera de enfrente de la casa, resguardado tras un árbol. Observó

a la familia entera y cómo metían las maletas en dos taxis. Ella miró, buscándole con mirada angustiada. Al distinguirlo, abrió una mano y la agitó lentamente.

Los taxis se alejaron. El tren salía a las diez de la noche pero había mucha luz en el cielo todavía. Él corrió, cruzó el campo, y subió por el paseo de Yaserías. Al otro lado de la plaza de las Pirámides pasó sin detenerse al paseo de la Virgen del Puerto, en cuyo inicio estaba la estación del Norte. Fue una larga carrera maratoniana, de muchos kilómetros, sin descanso, el afán desbordante, la pena lacerando. Hubiera ido corriendo al fin del mundo tras esa chica que le había despedazado el alma.

La estación era un lío de gente. El paso a los andenes estaba vigilado por empleados. Había que mostrar el billete o un pase de andén. Se coló. Los trenes esperaban impacientes, soltando chorros de humo y vapor. El gentío era grande y una sinfonía de gritos y ruidos subrayaba la vehemencia del decorado. En las vías partían trenes a todos los destinos del norte del país. Buscó el de Santander, abriéndose paso entre maletas, carretillas y la multitud. Miró el largo convoy, buscando entre las cabezas y brazos que bloqueaban las ventanillas. Llegó a la cabecera sin encontrarla. Gente, gritos y humo. Dio otra pasada mirando, escudriñando. Sonó el chiflo de salida. Y entonces la vio. Estaba buscándole, presintiendo su presencia. Gritó y corrió intentando alcanzar la mano que ella le tendía con anhelo. Instantes imposibles. El tren se puso en marcha. Él corrió a la par, mirando su rostro incitado de congoja. La velocidad aumentó. El tren abandonó la estación y se alejó del enlosado. Él pisó la tierra llena de pedruscos, sin cesar en su carrera, mirando su silueta, indiferente a la posibilidad de tropezar y caer. Cuando el convoy incrementó su marcha y las docenas de manos se difuminaron en la lejanía, cedió en su persecución. Quedó allí, en medio de la nada, a muchos metros de la estación, solo en la noche devoradora.

Luego vinieron días lentos, inacabables. Nunca un verano le fue tan largo y desesperante. Esa misma semana recibió con alborozo la primera carta. Olía a mar y ella le decía que le echaba tanto de menos que le resultaba imposible imaginar que pudiera estar más de dos meses sin verle. A la semana siguiente le llegó una segunda carta, en la que concretaba la lejana fecha del ansiado regreso. La tercera carta le llegó una semana después. Indicaba que habían llegado dos familias francesas, amigos de años y con casas cercanas a la suya. Señalaba que le aportaban aires nuevos y mitigaban el desconsuelo de no tenerle. Mientras, para combatir la solanera, él iba con sus amigos a bañarse al río o al pilón de la huerta que había al final de la calle Maestro Arbós. Pero muchas veces paseaba solo por el campo para sentir en sus piernas las caricias de las campanillas y azucenas, y llenarse del olor de la yerbabuena. Ajeno a los miles de insectos zumbadores, sacaba el impoluto pañuelo, acariciaba las iniciales y besaba los besos invisibles de ella. Nunca se secó el sudor con él. Era un tesoro a cuidar. Más que eso. Era Maruja misma, su risa, su mano, sus ojos, sus labios. Luego lo guardaba con mimo, temiendo que fuera a desvanecerse. También iba los domingos por la mañana a los Salesianos, para comprar cromos y tebeos para ella. Pero algo empezó a colársele en el corazón al no recibir más cartas. Juzgó que no la dejarían seguir escribiéndole aunque ello no mitigó su creciente angustia.

Y las fechas cumplieron con su misión. Escondido en un portal de enfrente, vio llegar dos taxis. La mañana era luminosa y se prestaba. Mezclada con la familia, ella bajó pero no le envió su mirada. Todos desaparecieron dentro de la casa. Estuvo esperando hasta que la portera le echó. Por la tarde regresó, apostándose junto al árbol. La vio entre un grupo de amigos, todos tostados bajo las camisas blancas relucientes. Ella se giró y se percató de su presencia. Hizo un comentario, que extrajo la risa de los demás.

Luego cruzó la calle y se le acercó. Llevaba sandalias, sin calcetines. Sus antes desmirriadas zancas se habían llenado de carne y ahora lucían torneadas, al igual que sus brazos. Tenía el color de la canela, tan distinto del quemado seco que él mostraba.

-Hola –dijo, sin ofrecerle el rostro ni la mano.

Era ella y no lo era. Había crecido y le habían surgido protuberancias en el pecho, antes liso. Y su trasero ya no era plano sino redondeado. Ahora tenía bultos definidos por todos los sitios, incluso en los labios, que lucían gordezuelos. Era como si el hada de la Cenicienta le hubiera apuntado con su bastón mágico. Pero la mayor diferencia estaba en su mirada, desprovista de mensajes.

-Te he traído estos cromos y tebeos para tus colecciones –dijo él, titubeante, entregándole una carpeta.

-Ah, bueno. Los miraré. Gracias.

Él notó su desinterés, como si hubieran dejado de importarle esos otrora tesoros.

-¿Quieres que vayamos al campo? –aventuró.

-No. Tengo cosas que hacer. Quizá otro día.

Puso el rostro de perfil, como si no quisiera mirarle o hubiera cosas más importantes que observar.

-¿Leíste los libros de Salgari?

-No me dio tiempo. Tuve mucho ajetreo –dijo, aportando una ración de silencio. Un rato después, añadió:- Bueno, chico. Hasta luego. Ya nos veremos.

Se giró, le cogió del cuello y le besó en la boca, apretando los labios contra los suyos e introduciéndole la lengua. Un beso desconocido para él, que le atosigó de estremecimientos. ¿Qué era eso? Luego se alejó hacia el grupo, sin volverse, su nuevo cuerpo lleno de misterios. La vio reír y hacer bromas, ausente su comportamiento sosegado. Y en ese momento él supo que todo había acabado.

Hacía mucho calor todavía pero él sintió el frío del invierno. Fue al río, sin premura, golpeado de soledad. Desde el puentecillo miró las aguas unos momentos y luego sacó el pañuelo. Lo acarició lentamente durante un rato, llenándose de su tersura. Lo desdobló y abrió la mano. Lo vio caer planeando a las aguas y flotar en las corrientes formadas entre los pedruscos. Era tan blanco que parecía destellar. Sintió una vibración, como si le estuviera llamando. Quizá todavía... Bajó del puente y corrió por la orilla siguiendo su curso, buscando un remanso para entrar y rescatarlo. Llegó al puente de la Princesa, donde terminaba la canalización, y siguió por la ribera yerbosa. Alcanzó una zona ancha y solitaria, llena de vegetación. Más allá se perfilaban las huertas de La China. Tomó velocidad para atajar el pañuelo e interceptarlo. Se descalzó y se quitó la ropa, excepto los calzoncillos. Se adentró en las aguas, turbias en esa zona por juntarse los vertidos de todas las cloacas de la ciudad, y avanzó pisando con cuidado sobre el resbaladizo lecho pedregoso. Se situó en la trayectoria del pañuelo, el agua más arriba de la cintura. Lo vio venir. En ese momento la prenda se hundió. Se sumergió, buscándolo con la vista y con las manos, palpando en los escondrijos, aguantando al máximo la respiración. No lo encontró. Emergió y miró las aguas huyentes. No captó el blancor necesitado. El pañuelo se había ido para siempre.

Regresó a la orilla con lentitud, se sentó y estuvo mirando el río hasta que acudió la noche.

Joaquín M. Barrero

Noviembre de 2014